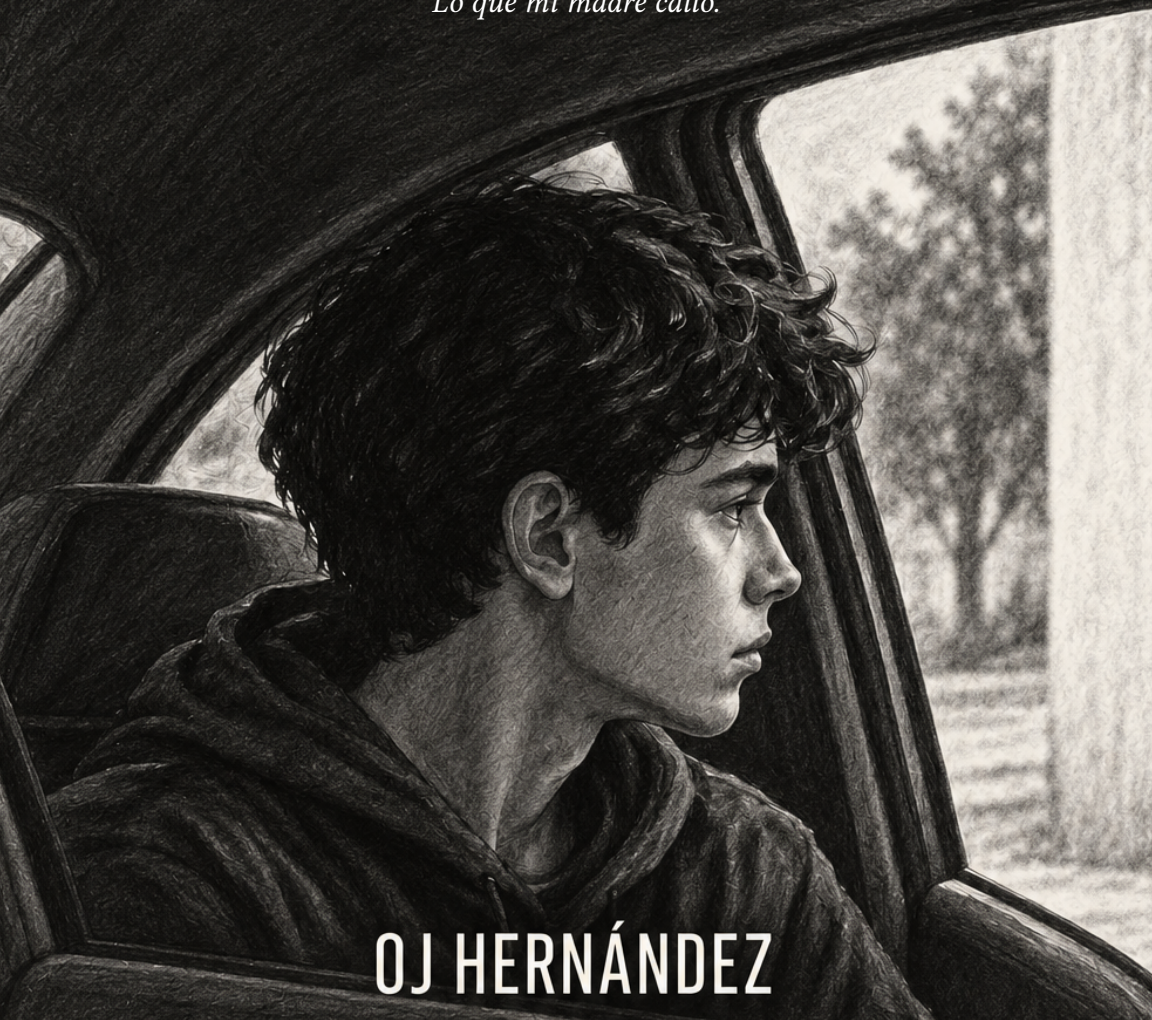
Lo que vio

Vista previa de dos capítulos de la novela
Lo que mi madre calló.



OJ HERNÁNDEZ

Nota al lector

Estas páginas son los dos primeros capítulos de la novela *Lo que mi madre calló*.

La historia está inspirada en hechos y experiencias reales. Nombres, lugares y circunstancias han sido modificados. No describe a una iglesia concreta ni pretende reconstruir un caso.

Lo que Sebastián ve en estas páginas es el comienzo. No es todavía la explicación.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO 1

Lo que vio

Monte de Esperanza, Carolina del Norte · Primavera de 2011

Lorena dejó las llaves puestas y le dijo que la esperara en el automóvil.

—¿No vamos a entrar?

—Ahora vuelvo.

Sebastián miró la tienda. Habían ido a comprar cartulina para una tarea, pero su madre había estacionado al otro extremo de la plaza, junto a un local con las persianas bajas. Desde allí tendrían que cruzar casi todo el estacionamiento. Él tenía quince años y llevaba la tarde oyendo que ya era bastante grande para acordarse de sus cosas sin que se las recordaran.

—Puedo ir comprándola.

Lorena mantenía una mano en la puerta abierta. Miró hacia la calle y luego volvió a él.

—Espérame aquí, por favor.

No lo dijo enojada. Eso lo hizo obedecer.

Sebastián acomodó la mochila entre los pies. La había traído para mostrarle el papel de la maestra si se equivocaban de tamaño. Le molestaba que su madre lo tratara como un niño y, al mismo tiempo, no quería entrar solo y comprar otra vez algo que no servía.

La vio alejarse por la acera. Llevaba el bolso apretado debajo del brazo y caminaba deprisa, sin mirar los escaparates. Un automóvil gris entró en el estacionamiento y pasó por delante de ellos. Se detuvo cerca del local cerrado.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

El hombre que bajó era el pastor Elías.

Sebastián se enderezó. Lo reconoció antes de verle bien la cara, por la manera de apoyar una mano en el techo al salir. En la iglesia siempre había alguien que se acercaba a saludarlo, que le quitaba la Biblia o le preguntaba algo. Allí cerró su propia puerta y caminó hacia Lorena.

Su madre se detuvo junto a una columna. Elías llegó hasta ella. No se abrazaron. Ella empezó a hablar casi enseguida.

Sebastián buscó con la mano la manija de su puerta. Si el pastor los había visto, sería de mala educación quedarse sentado sin saludar. Pero Lorena le había pedido que esperara y ninguno de los dos miraba hacia el automóvil. Dejó la mano sobre el asiento.

La ventanilla estaba abierta apenas unos dedos. Oía el tráfico de la avenida, las ruedas de un carrito golpeando una junta del pavimento y, más cerca, el motor de una camioneta que esperaba frente a la tienda. No alcanzaba a escuchar a su madre.

Elías inclinó la cabeza. Lorena hizo un movimiento con la mano, corto, como cuando detenía a alguien que intentaba explicarle lo que ella ya sabía. El pastor permaneció quieto. Después volvió la cara hacia los automóviles.

Sebastián se agachó a recoger el papel de la tarea, aunque no se le había caído. Le dio vergüenza en cuanto lo hizo. No estaba espiando. Estaba donde su madre lo había dejado.

Cuando levantó los ojos, Elías tenía las manos en los bolsillos. Lorena seguía hablando. Había algo extraño en verla así con él: de pie frente a frente, sin una mesa de comida, sin otras hermanas cerca, sin que ella estuviera esperando turno para pedirle una oración. Sebastián conocía

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

bien las conversaciones después del culto. Algunas duraban tanto que él terminaba sentado en el suelo, junto al abrigo de su madre. Aquella no se parecía a ninguna.

Sacó su teléfono. Tenía un mensaje de Rubén preguntando si ya iban de regreso. Empezó a escribir que estaban comprando lo de la escuela, pero se detuvo. No habían comprado nada todavía.

«Ya casi», puso.

Se quedó mirando la pantalla hasta que se apagó.

Cuando volvió a mirar hacia la columna, su madre había dado un paso atrás. Elías dijo algo; esta vez se movieron sus manos. Ella lo escuchó y negó despacio. Luego se apartó para dejar pasar a una mujer que empujaba una silla de ruedas. Los dos esperaron hasta que la mujer dobló hacia la tienda.

Sebastián pensó en salir. Podía decirles que su padre estaba preguntando. No tendría que inventar una razón.

Antes de que se decidiera, Lorena se volvió hacia el automóvil. Elías permaneció junto a la columna unos instantes y después regresó al suyo. No levantó la mano para saludar a Sebastián. El muchacho no supo si lo había visto.

Lorena abrió la puerta y se sentó. Puso el bolso sobre las rodillas, en lugar de dejarlo atrás, donde lo llevaba siempre. Dentro de él empezó a sonar el teléfono. Lo buscó, miró la pantalla y apagó el sonido.

—¿Era el pastor?

—Sí.

—Lo vi.

Su madre lo miró entonces.

—Tenía que hablar con él un momento.

—¿De qué?

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

Lorena se quitó una hebra del cabello que le había quedado pegada en la boca. No contestó hasta que la dejó caer por la ventanilla.

—De un asunto que tenía pendiente.

—¿Y por qué aquí?

—Porque aquí podíamos hablar.

Sebastián bajó la vista al papel. Había doblado una esquina tantas veces que empezaba a romperse.

—Papá preguntó si ya vamos.

—¿Lo llamaste?

—Él me escribió.

Lorena apoyó la mano en el volante. Sebastián esperó que le pidiera ver el mensaje; ella a veces lo hacía cuando no quería buscar los lentes. Pero esta vez se quedó mirando por el parabrisas.

—¿Qué le dijiste?

—Que ya casi.

—Está bien.

La respuesta lo incomodó. No había necesitado mentirle a su padre, pero ahora le pareció que su madre estaba agradecida por algo que él no había hecho a propósito.

Lorena giró hacia él, con el bolso todavía en las piernas.

—Hijo, de esto no digas nada, ¿sí?

Sebastián miró el lugar donde había estado Elías. El automóvil gris ya salía de la plaza.

—¿De que hablaste con él?

—Por ahora.

—¿Tampoco a papá?

Ella tardó en contestar.

—Déjame hablar a mí cuando pueda explicarlo bien.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

—¿Qué hay que explicar?

—Sebastián, por favor.

Su madre le puso la mano sobre el antebrazo. Él conocía ese gesto: lo había recibido cuando se enfermaba, cuando ella quería despertarlo sin asustarlo, cuando él se encerraba en una rabia que todavía no sabía nombrar. No retiró el brazo, pero tampoco volvió la mano para tocar la de ella.

—No hicimos nada malo —dijo Lorena.

Sebastián no le había preguntado eso.

Pasaron unos segundos. Su madre retiró la mano y dejó el bolso en el asiento trasero.

—Vamos por tu cartulina.

Esta vez entraron juntos. Lorena le pidió el papel, buscó la medida y le mostró dos colores. Él escogió el blanco porque era el primero. Mientras pagaban, ella añadió un paquete de los caramelos que a él le gustaban. Lo dejó junto a la cartulina, sin decir nada.

En el automóvil, Sebastián sostuvo el rollo entre las rodillas para que no se doblara. Los caramelos quedaron en el hueco junto a la palanca de cambios. Su madre encendió la radio, bajó el volumen y, al salir de la plaza, la apagó otra vez.

—¿Tienes mucha tarea?

—Algo.

—Si necesitas que te ayude a recortar, me dices.

—Yo puedo.

No hablaron más hasta llegar a casa.

Rubén estaba en la entrada, agachado junto a una caja de herramientas. Se incorporó al verlos y abrió la puerta del lado de Sebastián para ayudarlo con la cartulina.

—¿Era de oro? —preguntó—. Se tardaron.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

Antes, Sebastián habría dicho que su madre se había entretenido. Podría haber contado lo del estacionamiento, la conversación, la pregunta del pastor si hubiera llegado a oírla. Rubén esperaba con el rollo en una mano y la otra todavía apoyada en la puerta.

—No encontrábamos el tamaño —dijo Sebastián.

Era verdad que habían tenido que buscarlo.

Lorena pasó detrás de ellos con el bolso y la bolsa pequeña. No lo corrigió. Sebastián tomó la cartulina de manos de su padre y entró a la casa sin esperar a que terminara de cerrar el automóvil.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

CAPÍTULO 2

La pregunta de Rubén

Monte de Esperanza · Dos días después, sábado por la noche

Rubén recogió el vaso antes de que Sebastián terminara de volcarlo.

—La manga —le dijo.

El muchacho apartó el brazo. Su madre acababa de poner la fuente en la mesa y él había querido hacerle sitio sin mirar. Un poco de agua se extendía debajo del plato.

—Trae el paño, hijo.

Sebastián se levantó. Desde el jueves trataba de no quedarse a solas con ninguno de los dos. Con su padre le parecía que tendría que hablar; con su madre, que tendría que prometer algo más. Había terminado la tarea en su habitación, con la puerta cerrada y los caramelos sin abrir sobre el escritorio.

Secó la mesa. Rubén sostuvo el plato en el aire hasta que terminó y después lo puso otra vez delante de él.

Lorena sirvió arroz. El teléfono vibró junto a su vaso. Lo miró de reojo y siguió sirviendo. Cuando vibró de nuevo, lo tomó y se levantó.

—Empiecen. Se va a enfriar.

—¿No puedes llamar después? —preguntó Rubén.

—Es un momento.

Lorena salió de la cocina. Sebastián oyó que la puerta del patio se abría y se cerraba.

Su padre permaneció con las manos sobre las rodillas. Luego inclinó la cabeza.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

—Señor, gracias por estos alimentos. Bendice esta casa y a los que estamos en ella. En el nombre de Jesús. Amén.

Sebastián dijo amén un poco tarde.

Comieron sin encender el televisor. Rubén había empezado a hablar de un ruido del automóvil, pero dejó la frase sin terminar cuando miró hacia el patio. Sebastián podía ver a su madre a través del vidrio. Estaba de espaldas, con un brazo cruzado sobre el cuerpo y el teléfono junto a la oreja. No sabía con quién hablaba.

—¿Terminaste lo de la escuela? —preguntó su padre.

—Sí.

—¿Quedó bien?

—Creo.

Rubén probó el arroz. Apartó un grano que se había quedado pegado al borde del plato.

—¿Mamá ya habló contigo? —preguntó Sebastián.

Su padre alzó la vista.

—¿Sobre qué?

El muchacho dejó el tenedor. Había hecho la pregunta sin prepararla. Ahora veía a su padre esperando y no encontraba una forma de retirarla.

—Nada. Pensé que te había dicho algo.

—¿Qué tenía que decirme?

Sebastián miró hacia el patio. Lorena seguía de espaldas.

—El jueves vimos al pastor Elías.

—¿En la tienda?

—Afuera.

Rubén dejó de comer.

—¿Se lo encontraron?

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

Sebastián pasó el pulgar por los dientes del tenedor. No sabía si se lo habían encontrado. Había visto llegar al pastor después de que su madre saliera del automóvil. Nadie le había dicho que existiera una cita.

—Mamá se bajó. Me dijo que la esperara. Después llegó él.

Su padre no se movió. Sebastián empezó a explicar el estacionamiento, el local cerrado y la columna, como si decir exactamente dónde habían estado pudiera evitar que aquello sonara mal.

—¿Y de qué hablaron?

—No sé. Yo estaba en el carro.

Rubén lo miró un momento más y después bajó los ojos al plato.

—Está bien.

La puerta del patio se abrió. Sebastián sintió alivio: ella entraría, diría lo que no había podido explicar el jueves y él dejaría de ser el único que tenía que acordarse de no hablar.

Lorena dejó el teléfono sobre el aparador.

—¿No van a comer más?

Rubén levantó la cara.

—Sebastián me dice que viste a Elías el jueves.

Ella se quedó junto a su silla.

—Sí. Hablamos un momento.

—¿Habías quedado con él?

Lorena acomodó la fuente sobre el protector de la mesa, aunque ya estaba bien puesta.

—Necesitaba consultarle unas cosas.

—¿Qué cosas?

—Personales, Rubén.

—Eso ya lo entiendo.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

No había levantado la voz. Sebastián habría preferido que lo hiciera. Conocía el enojo de su padre cuando algo se rompía o cuando recibían un cobro que no correspondía. Sabía cuánto duraba y cómo ayudarlo a salir de él. Aquella quietud le resultaba desconocida.

—¿Era él ahora? —preguntó Rubén, señalando el teléfono.

—No.

—¿Y hablas con él por teléfono?

—A veces. También me escribe.

Rubén se recostó en la silla.

—¿Desde cuándo?

—No llevo la cuenta.

—Yo sí noto que dejas de hablar cuando entro. O que te vas para contestar. No te estoy preguntando por una sola llamada.

Lorena lo miró. Sebastián esperó que se enojara por aquella manera de decirlo, que empezara a recordar las llamadas de su padre, sus conversaciones de trabajo, todas las cosas que cada uno hacía sin explicarlas. Pero ella se sentó despacio.

—Me ha dado apoyo espiritual.

—¿En qué?

Lorena miró a Sebastián.

—Hijo, ve a tu cuarto un momento.

Él no se levantó.

—Me dijiste que no se lo contara.

Rubén giró la cabeza hacia él.

Lorena cerró los ojos un instante.

—Te pedí que me dejaras hablar a mí.

—Pero no hablaste.

—Iba a hacerlo.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

—¿Cuándo? —preguntó Rubén.

Lorena no respondió. El teléfono volvió a vibrar sobre el aparador. Esta vez nadie miró hacia él.

Sebastián notó que su padre tenía la mano derecha cerrada debajo de la mesa. La abrió sobre el mantel, dedo por dedo.

—Mírame, Lorena. ¿Hay algo entre tú y Elías?

—No.

—¿Nada?

—No hay una relación entre él y yo. No la ha habido.

Ella lo había dicho sin vacilar. Sebastián la miró con una esperanza breve, casi impaciente. Si era así, bastaba con contar de qué habían hablado. Todavía podían terminar la cena.

—Entonces dime qué está pasando —pidió Rubén.

—No puedo explicártelo ahora.

—¿Qué necesitas para poder?

Lorena se llevó la mano al borde de la mesa. Sebastián vio que tenía una pequeña quemadura cerca del pulgar, roja todavía. La había visto sacar la fuente del horno con un paño doblado.

—Necesito un poco de tiempo.

Rubén apartó la silla. No la empujó con fuerza, pero una de las patas rozó la baldosa y el ruido hizo que Sebastián se encogiera.

—Voy a salir un momento.

—Rubén.

Su padre se detuvo en la puerta.

—No sé qué quieres que haga con esto.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

Salió al patio. Lorena permaneció sentada hasta que lo oyeron alejarse del otro lado del vidrio. Luego empezó a recoger los platos.

—Yo todavía no termino —dijo Sebastián.

Ella soltó el suyo.

—Perdón.

Él no tenía hambre. Acercó el plato y partió un trozo de comida con el borde del tenedor. Su madre se quedó de pie a su lado.

—Hijo, lo que le dije a tu papá es verdad.

—Yo te pregunté en el carro.

—Ya sé.

—No me dijiste nada.

Lorena sostuvo los otros dos platos contra el cuerpo.

—No supe cómo.

Sebastián miró hacia la puerta. No quería quedarse con ella, pero tampoco sabía si su padre querría que lo siguiera. Se levantó y llevó su plato al fregadero. Al pasar, su madre le tocó la espalda. Esta vez él siguió caminando.

Rubén estaba sentado en el escalón del patio. Sebastián se quedó junto al marco hasta que su padre lo vio y se hizo a un lado.

—¿Dije algo que no debía?

—Ven.

Se sentó. La madera estaba fría a través de los pantalones.

—Solo dije lo que vi.

Rubén apoyó los antebrazos en las rodillas.

—No debiste tener que guardar eso por nosotros.

Sebastián empezó a quitar una astilla suelta del escalón.

—Voy a preguntarle a él.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

—No.

—Si ella no dice nada…

—Tú no vas a ir a enfrentarlo.

—¿Entonces qué?

Su padre tardó en contestar.

—Mañana voy a hablar con alguien que pueda orientarme. Necesito saber cómo se hace esto.

—¿Vas a decirlo en la iglesia?

—No voy a levantarme delante de todos a acusar a nadie.

Sebastián dejó la astilla donde estaba. Rubén le puso una mano en el hombro.

—Lo que no oíste no lo sabes, hijo. Yo tampoco. Acuérdate de eso si te preguntan.

—Pero la vi.

—Sí. Eso sí.

Permanecieron sentados. Desde la cocina llegaba el ruido del agua y de los platos. Sebastián pensó que su madre saldría a buscarlos cuando terminara. Cada vez que el grifo se cerraba, él miraba hacia la puerta.

Rubén le pidió que oraran. Sebastián inclinó la cabeza, aunque no cerró los ojos. Vio la mano de su padre sobre su hombro y una mancha de arroz en el puño de la camisa. Escuchó que pedía ayuda para no hacer más daño. No pidió que alguien recibiera un castigo.

Cuando volvieron a entrar, Lorena había guardado comida para los dos. Rubén tomó los recipientes y los metió en el refrigerador. Sebastián recogió el paño húmedo que había quedado junto a su vaso, lo enjuagó y lo colgó del borde del fregadero. Su madre estaba a su lado. No hablaron mientras él lo estiraba para que pudiera secarse.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.

Para seguir leyendo

Sebastián vio a su madre con el pastor Elías.
Oyó el pedido de silencio.
Dijo lo que había visto.

Todavía no sabe de qué hablaron.

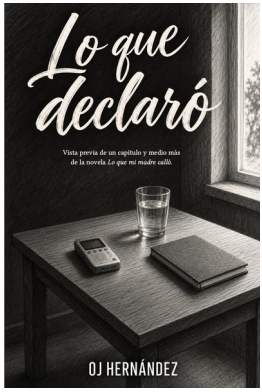
Esa pregunta no se resuelve en el estacionamiento. Continúa en *Lo que mi madre calló*: lo que esa noche le cuesta a la familia, lo que la iglesia hace y deja de hacer, y lo que Sebastián descubre seis años después.

La verdad no le devolverá los años perdidos.
Tendrá que decidir si todavía quiere escuchar a su madre.



Seguir leyendo la novela

https://a.co/d/0eB8zHBE



Recibir Lo que declaró

https://ojhernandeztn.com/es/story

Deja tu correo y te lo envío.

PDF gratuito del capítulo 3 y 4
Envío inmediato
Puedes darte de baja cuando quieras.

© 2026 OJ Hernández. Todos los derechos reservados.